



## SEMOVIENTES

El aire frío de la noche entra violento y denso por mi nariz. Es tan gélido que cuando lo inspiro me causa dolor en un preciso punto interior que perfectamente sabría señalar con mi dedo si éste fuera capaz de penetrar dos centímetros mi cabeza, a medio camino entre ojos y pómulos, que también siento helados. Mi nariz gotea groseramente pero no tanto como para obligarme a sacar las manos de los bolsillos del pantalón, que parecen ser los únicos refugios calientes que me quedan en esta desapacible noche de enero. El transcurso del tiempo parece haberse congelado como yo. Nadie pasea por la solitaria calle, nada pasa, ni los minutos. Permanezco de pie, encorvado sobre mí mismo, con la espalda apoyada en una pared que me sostiene pero que me roba mi escaso calor. Tan cruento es el frío que he llegado a echar de menos la lluvia, como si ésta hubiera sido una agradable ducha de agua templada. No es el caso: Miro hacia arriba, levanto una mano para tapar la invasiva luz de una farola, y entreveo un firmamento estrellado. La Luna, que hoy parece de cristal, está cercada por un halo que me recuerda los refranes de mi abuelo. “Luna con cerco Agua trae en el cuerpo”. Su recuerdo me sugiere revisar el reloj que él me regaló a modo de temprana herencia. Es uno de esos relojes de cuerda antiguos, que penden de una cadena y se guardan en el bolsillo del chaleco que hoy visto, como hago siempre. Reloj y chaleco me dan un marchamo de seriedad que conviene mucho a mi profesión. Compruebo que llevo no menos de dos horas y media a la intemperie enfrente de un edificio cuya comunidad de propietarios administro, pasando frío, por un estúpido empeño que nadie me agradecerá. Ni siquiera me he traído el coche, penosa consecuencia de tener la oficina tan cerca de este inmueble. Como también mi residencia la tengo a dos calles de aquí, prescindí de prendas de abrigo más consistentes, y únicamente dispongo de un traje de diario con mi característico chaleco. Ni la corbata ni las solapas de la chaqueta subidas me dan mucho cobijo y cunde ya el desamparo, que me va venciendo. Cada tanto tirito incontrolablemente y en algún momento me ha sorprendido el castaño de mis propios dientes. Decido dejar pasar diez minutos todavía por si acontece lo que espero. No quito ojo del portal que oteo desde el otro lado de la calle.

Esta mañana nada me hacía presagiar que me hubiera de inmiscuir en esta ardua tarea de vigilancia nocturna. Entré jovial en mi oficina pasadas las nueve, después de llevar a los niños al colegio, bien aseados y en estado de revista, y no sin antes haberme repuesto del madrugón con una buena dosis de churros y café, como es mi sana costumbre. Saludé a Carla la recepcionista con una sonrisa que pretendía -sin éxito- desviar la atención de mis ojeras. Carla es una magnífica empleada que lleva con nosotros los últimos diez años y que todavía es capaz de aguantar los envites de esta clientela nuestra que nos toma por tontos y que, a las primeras de cambio, aprovecha para recordarnos que son

ellos los que nos pagan. Como si no lo hicieran cuando abonan la cuenta del restaurante o la minuta de su asesor. Todo el mundo parece merecer respeto salvo el administrador de fincas. Atinadamente Carla es de esas personas que se desenvuelven bien atendiendo al público. Lo hace sin duda ayudada de un punto de malicia que no disgusta a su interlocutor. Tiene una actitud sarcástica, no sólo irónica, casi cruel. Y funciona. Estoy casi convencido de que la gente es un poco masoquista y Carla su mejor dominadora. He estudiado su proceder con mucha atención durante todos estos años, con sincero deseo de aprender el juego de la paciencia y la eficiencia, pero mucho me temo que no consigo contagiarme de sus maneras. Cada vez me noto más arisco en el trato con el público, seguramente desgastado por tantos años de oficio. En traspasando el umbral de la puerta principal ya escuché su conversación con un reconocible vecino de los de visita diaria. Viéndolas venir entré con paso rápido, saludé como antes dije, y en un acto reflejo encogí el cuello entre mis hombros al mismo tiempo que se me vino un escalofrío a la espalda.

- ¡Esto no puede ser! ¡Yo pago mis cuotas religiosamente todos los meses, y anda que son bajas! Exijo que la comunidad contrate hoy mismo un vigilante jurado porque yo creo -bajó en este punto la voz y aproximó su cara a la de Carla, como entregando una confidencia- yo creo -reiteró- que el tercero izquierda lo ocupan mafiosos, proxenetas y traficantes de armas.
- Pero don Francisco, no debe hacer caso de lo que cree, porque usted es idiota. -La sonrisa de Carla se abrió como un girasol en verano, los ojos de don Francisco también -como platos, y subrayados con unas chapetas febriles- y, opuesta pero simultáneamente, los míos se arrugaron instintivamente. Para qué engañarnos: Llevo veinticinco años queriendo decir eso a más de un cliente.

Contra lo previsible, el interpelado no hizo sangre con el comentario. Me pareció que le satisfizo que mi oportuna entrada le diera la baza de saberse escuchado. El impropio sólo era un arma más en la negociación que seguro se iniciaría. Como cada día. Fue evidente que a partir de ese momento me tocaba dedicar buena parte de la mañana a su persona. Le hice pasar a mi despacho, le señalé la silla en la que ya se adivina la forma de sus ancianas posaderas, de tantas veces que la ha hollado, y me dejé caer en mi sillón con un suspiro.

Don Francisco es un señor de avanzada edad, de personalidad pertinaz, con un sentido de la justicia muy de su propio gusto, de los de cada domingo misa y arroz y convencido de ser siempre dueño de la razón. En lo físico es un personaje entrañable; su bigotito enhiesto, corto y afinado por los extremos, parece apuntar a las dos únicas franjas de cabello tintado que acompañan cada lado de su cabeza, sobre sus orejas grandes y flácidas. En ocasiones me he sorprendido a mí mismo quedándome extasiado contemplando cuán largos son

sus lóbulos y preguntándome si mis orejas crecerán tanto. En verdad que sus pabellones me hacen plantearme cómo serán los próximos años de mi vida. Es corto de estatura, enjuto de carnes, con mentón prominente, casi prognato, usa gafas redondas y pequeñas de alambre dorado y viste casi sin excepción pantalones azul Prusia, jersey gris y pajarita. De ocupación, jubilado (creo que desempeñó la función pública) y de estado civil infelizmente casado a juzgar por la tristeza que se lee en los ojos de doña Marina, su esposa, que con frecuencia le acompaña pero de cuya boca nunca escuché palabra alguna. Don Francisco es persona ilustrada y, no obstante lo aquí descrito, se tiene ganado un cierto cariño no sé muy bien por qué motivo. Quizás también nosotros gocemos del masoquismo en alguna medida. Nuestro notorio administrado camina con pasos cortos y decididos y -por mor de la verdad- emplea la actividad de la comunidad de propietarios como su único entretenimiento de lunes a viernes. Y eso que lleva dos años sin ejercer la presidencia, para alivio de muchos.

- Yo sé que usted no me va a creer, porque los administradores nunca hacen caso, pero en el piso de arriba pasa algo grave y extraño. Usted sabe que en el tercero izquierda no reside nadie desde que Antonio falleció el año pasado. Pues bien, yo oigo ruidos desde el rellano y me he cruzado con personas ajenas en el portal.
- Don Francisco, comprenda usted que en el bloque hay más de ochenta viviendas y que no menos de sesenta están normalmente habitadas por sus propietarios o por inquilinos. Cualquiera de ellos puede tener familiares o invitados que los visiten.
- ¡Pues ése es el problema! Los inquilinos no debían pasear a sus anchas por las zonas comunes porque no son propietarios. Me he percatado de que alborotan por los pasillos, abren a los carteros comerciales y dejan el portal abierto. Y en verano se tiran de cabeza en la piscina. -La pajarita de su cuello subía y bajaba propulsada por una nuez prominente. -Hay que poner coto a esto. Cualquiera día se meten okupas en casa de Antonio, si no lo han hecho ya.
- ¿No tenía familia?
- Síííí -dijo con tono muy agudo- Antonio tenía un hermano más joven que él. Un “bala perdida”. Lo que tenía se lo gastaba en vino y juego. Por lo que he oído están litigando por la herencia, o es que no tiene dinero para atender las deudas que vengan con el piso. Bueno, el caso es que el edificio está en situación de clara inseguridad y la Comunidad debe contratar a un vigilante, e inmediatamente -enfaticó con el índice enhiesto. -Como pase algo le hago responsable personalmente a usted. Desde luego esto no pasaba cuando estaba Arturo a cargo.

Arturo López no era mi antecesor en el puesto, sino un antiguo empleado de la Comunidad. Lo fue por muchos años hasta que, en parte por malquerencias de

un grupo de propietarios, y en parte porque le ofrecieron un puesto preeminente en otro inmueble, marchó firmando la oportuna baja voluntaria. Según me dijo más tarde estaba contento en su nuevo puesto, en el que cobraba cien euros más al mes, aunque desempeñaba su tarea en régimen de autónomo y bajo contrato mercantil.

- Nadie podrá jamás suplir el buen hacer de Arturo. Todos los vecinos y yo mismo guardamos un magnífico recuerdo de su labor y su atención por las cosas comunes. Pero todo el mundo tiene derecho a prosperar ¿no es verdad? -Pensé que ensalzar los méritos de su bien querido trabajador le restaría argumentos y me ahorraría tiempo. No me equivoqué, y aproveché su silencio asertivo para levantarme de mi asiento, darle la mano y acompañarle a la puerta garantizando que estudiaríamos su propuesta con el mayor interés en mi próxima entrevista con el actual presidente. No bastó con ello y subí la apuesta implicando a la junta directiva, a un amigo policía y al mismísimo alcalde, asegurando que todos ellos escucharían de mi boca sus fundados temores, así como que dos farolas de la calle no lucían y que los servicios municipales recogían muy tarde la basura. Y muy ruidosamente.

Volví a mi puesto y encendí el ordenador, pero antes de hacer algo de provecho opté por disciplinar a mi personal, así que descolgué el teléfono y llamé por la línea interna:

- Carla, te has pasado siete pueblos. Ven para mi despacho ahora mismo.
- Como quieras jefe, pero aquí te está esperando doña Marina. -Me asalta la extrañeza y siento la picazón de la curiosidad.
- Está bien, que pase.

Es la primera vez en los diez años que trato a este matrimonio que esta menuda mujer se me presenta sin estar acompañada de su esposo. Entra con paso pausado, como si nadie la esperara, cabizbaja, siempre discreta. Se sienta sin pedir permiso en el mismo asiento que su marido ocupó hace apenas unos minutos, siempre mirando la punta de sus zapatos. Diríase que nadie en este mundo se ha percatado de su presencia. Dejó pasar unos instantes que se me hicieron largos y levantó la mirada hacia mí. Sólo entonces vi a la persona que tenía enfrente. Tan delgada, sus ojos claros sobresalían por encima de las arrugas de su cara, que ahora me parecieron surcos de sapiencia. Su cabello níveo recogido hacia atrás dejaba ver como único signo de ostentación un par de pendientes de perlas. Su mirada directa me tenía embelesado, era tan firme que se podría caminar por ella.

- Mi marido es muy persistente. Tanto que todos terminamos por no hacerle mucho caso. Por eso he querido conversar con usted personalmente. -Su voz también me agradó. Era dulce, suave,

aterciopelada, casi grave. Sin ningún motivo la esperaba aguda y chirriante. Acerté a callar, y ella prosiguió -Algo pasa en nuestro bloque. No sé qué es, pero hay un trasiego de personas extrañas que pululan cerca de la puerta en actitud extraña. No son los mismos individuos cada noche, pero todos son fornidos, remiran por el cristal de la puerta, toman notas y esperan a que alguien saque la basura para entrar al portal. Siempre suben por la escalera y nunca cogen el ascensor, lo que me parece raro porque en la primera planta conozco bien a las familias de cada vivienda y no tienen que ver con estos extraños. Mi marido y yo somos ancianos. Usted es todavía joven -se me vino una sonrisa por recibir ese inmerecido calificativo-, y como tal piensa que la vida es larga y que todos los problemas se solucionan sin enfrentarlos, simplemente dejándolos pasar. Goza usted de buena apariencia y la mantiene -sus ojos se posaban tercamente sobre los míos, a pesar de mediar la mesa- y su meritoria profesión le abstrae de los miedos del día a día. Usted teme perder una comunidad por el daño económico; nosotros tenemos miedo de la soledad cuando el primero de los dos se vaya de este mundo. ¿Tiene usted hijos? ¿Sí? Dedíqueles el máximo de su tiempo, porque será el más rentable en su vida. Nosotros nunca tuvimos. El día a día, mi querido administrador, no le permite estudiar a las personas con detenimiento porque para eso es imprescindible observarlas, y usted no tiene tiempo. Se centra en que funcionen las cosas, y considera a las personas como seres semovientes, como bienes u objetos que se mueven por sí mismos. Todavía no sabe que sus preocupaciones son vacuas, y que lo verdaderamente importante es el ser humano, el cercano y el prójimo. Los edificios no sienten ni padecen. Nosotros y usted sí.

Y heme aquí, en la calle, aterido de frío en una gélida noche de invierno, vigilando el portal de un edificio desde la acera de enfrente, mal abrigado y hambriento, sólo porque no fui capaz de irme a casa esta tarde tras cerrar la oficina teniendo en mi cabeza y en mi alma las palabras de doña Marina. Telefoneé a mi pareja confiando en que me perdonara y comprendiera cuando sepa explicarle mi inquietud y mi curiosidad, y después de un par de horas extraordinarias me planté entre las abundantes sombras que las escasas farolas no eran capaces de eliminar.

Estuve a punto de marcharme maldiciendo mi estupidez y mis tontas pretensiones de detective de novela, cuando en el último momento una figura se aproximó entre el negro de las penumbras y la luz anaranjada de los faroles. Vacilaba en su marcha que, lejos de ser decidida, avanzaba unos pasos y se volvía otros. Era un hombre, sin duda, pero desde el otro lado de la calle no alcancé a distinguir más. Vestía una cazadora abultada de color indefinido y unos pantalones también anchos, quizás de pana. Mirando a un lado y a otro



terminó por decidirse a entrar al portal, para lo que no tuvo más que utilizar una llave que seguro portaba en su mano. De no haber sido por sus titubeos no habría sospechado nada extraño. La cerradura es de seguridad y no la debiera tener cualquiera. Pero ese comportamiento nervioso no era normal. Con toda probabilidad será un okupa que tendrá ya marcada por las mafias una vivienda sin residentes. En estos casos es crucial que el ilícito ocupante no haga morada, que no haga noche. En mi condición de administrador de la comunidad tenía consignada una llave de la puerta principal y, desde luego, la traje conmigo. Conforme yo cruzaba la calle el sospechoso accedía al interior sin encender la luz del portal. Cuando yo lo hice apenas unos momentos más tarde alcancé a ver que, contra mi previsión, el extraño personaje no subió las escaleras hacia las viviendas, sino que las bajó hacia la planta de sótano. Lo deduje claramente por el ruido de sus pasos, que eran apresurados. Bajé yo también en cuanto pude, y alcancé a ver cerrarse la puerta de un cuarto comunitario en desuso, que ni para herramientas se utilizaba. Ahí te he pillado -pensé-, no tienes escapatoria. Llevado por un sentido de propiedad que ahora veo que no me correspondía así el picaporte de la puerta del trastero y tiré de él bruscamente, como para dar un efecto expeditivo. En realidad, como todos hemos visto hacer en las películas. Con la puerta abierta de par en par mi mano se quedó aferrada al frío tirador, que era una simple pletina de hierro, al tiempo que mi cara debió plasmar mi sorpresa al reconocer al ocupante del cuarto comunitario: Era Arturo, que acongojado me dirigió la mirada más triste que nunca he conocido de nadie. En sus ojos vi vergüenza, penuria, desesperanza y desesperación, por más que mi mirada no se sostuvo siquiera un par de segundos. La bajé sin cruzar palabra. Él la mantuvo pero también guardó silencio. Cerré respetuoso la puerta y en ese momento mis problemas me parecieron pocos.

Me volví entristecido a la negra frialdad de la madrugada con marañas en la cabeza. Mañana, cuando cualquier comunero curioso se interese por los episodios de okupación en su inmueble responderé: “Estamos trabajando en ello”.